Precaria competitividad

EMILIO ONTIVEROS

La economía española tiene un problema serio de competitividad. No es algo nuevo, es verdad. Así lo vienen señalando las distintas clasificaciones de organismos internacionales, privados y públicos, que tratan de evaluar periódicamente la capacidad competitiva de las economías nacionales. En el último *ranking* del World Economic Forum, el conocido «World Competitiveness Report» ya comentado en alguna ocasión en Empresa Global, España sigue en la posición 23ª, muy por debajo de lo que representa la envergadura de su economía, medida por el PIB.

Los indicadores convencionales más expresivos, el diferencial de inflación y el déficit comercial de la balanza de pagos, no dejan lugar a muchas dudas acerca del deterioro en ese ámbito. El crecimiento de la inflación medida por el Índice de Precios al Consumo (IPC) ha cerrado el año en el 3,2%, una de las tasas más elevadas de la UE y, en todo caso, muy por encima de las de nuestros principales socios comerciales. Con independencia del efecto ejercido por el alza de los precios de los bienes energéticos y de los alimentos sin elaborar, la denominada inflación subyacente también ha terminado el año en niveles muy superiores a los de las economías de la eurozona. Con los precios de nuestros bienes y servicios creciendo significativamente por encima de los de los países de nuestro entorno, no es fácil evitar que el sector exterior, la balanza de pagos por cuenta corriente, no acabe drenando posibilidades de crecimiento al conjunto de la economía.

La evolución del sector exterior, efectivamente, tampoco deja lugar a la complacencia. Los últimos datos aportados por el Banco de España señalan que, hasta el pasado octubre, el déficit de la balanza por cuenta corriente prácticamente se había duplicado alcanzando, para el conjunto de esos diez primero meses, 30.098,5 millones de euros, frente a los 15.436,2 millones correspondientes al mismo periodo de 2003. La principal contribución a la ampliación de ese desequilibrio se encuentra, en primer lugar, en el ensanchamiento correspondiente del déficit comercial que ha sido de 41.531, 7 millones de euros (30.341,3 millones en el mismo periodo de 2003). Durante los últimos 10 meses, las ventas al exterior de mercancías crecieron un 3,9% en tasa interanual, pero las importaciones lo hicieron al 10,7%.

El superávit de la balanza de servicios tampoco contribuyó a compensar esa brecha comercial, ya que se redujo sobre el aportado por los mismos meses de 2003: en concreto ha caído a los 21.529,5 millones de euros, desde los 23.451,6 millones del año anterior. La partida fundamental de esta balanza, los ingresos por turismo y viajes, también redujeron su superávit en un 4,2% en términos interanuales, hasta alcanzar los 24.552,1 millones de euros. El resto de las partidas que integran la cuenta corriente de la balanza de pagos (otros servicios, rentas y transferencias) tampoco favorecieron la restauración, ya fuera parcial, del desequilibrio entre exportaciones e importaciones de mercancías.

Un panorama, efectivamente, poco tranquilizador. Lo inquietante no es tanto el desequilibrio en sí mismo, sino su magnitud, su persistencia y, no menos importante, las razones que lo vienen determinando desde hace muchos años. Una evolución como la descrita no es ajena a la emergencia de ventajas competitivas en otras economías menos avanzadas, cada vez más directamente competidoras de la nuestra. Es por eso, que además de neutralizar las tensiones inflacionistas que subyacen desde hace muchos años en nuestro sistema económico, forcemos el ritmo de diferenciación de los bienes y servicios que ofrecen nuestras empresas. Y diferenciarse hoy exige mayor inversión, no sólo ni fundamentalmente en capital físico, sino en capital tecnológico y en capital humano: en calidad, formación de los que trabajan y dirigen las empresas y en habilidades, en definitiva. ■

Emilio Ontiveros es Consejero Delegado de Analistas Financieros Internacionales y Catedrático de Economía de la Empresa de la UAM.
E-mail: eontiveros@afi.es